



El vendedor de tulipanes

El tulipán es entre las flores lo que el pavo real es entre las aves. El ave carece de perfume, el otro de voz; el ave se enorgullece de su rapaje, el otro de su color.

EL JARDÍN DE LAS FLORES
Raras y curiosas.



NINGUN ruido, si no es el roce de las hojas de vitela bajo los dedos del doctor Huylten, que no separaba los ojos de su Biblia, sembrada de góticas miniaturas, sino para admirar el oro y la púrpura de dos peces cautivos en los húmedos flancos de un bocal

Los batientes de la puerta se abrieron. Era un vendedor florista que, los brazos cargados con numerosas macetas de tulipanes, se excusó por interrumpir la lectura de un tan sabio personaje.

Maestro, — dijo. — he aquí el tesoro de los tesoros, la maravilla de las maravillas, una cebolla como solamente florece una por siglo en el serrallo del emperador de Constantinopla.

¡Un tulipán! — exclamó el viejo irritado. — ¡Un tulipán! ¡Ese símbolo del orgullo y de la lujuria, que ha engendrado en la desventurada ciudad de Wittemberg la detestable heregía de Latero y de Melanchton!

Maese Huylten cerró el broche de su Biblia, guardó los anteojos en su estuche y descorrió la cortina de la ventana, que dejó ver al sol una flor de la pasión con su corona de espinas, su esponja, su látigo, sus clavos y las cinco llagas de Nuestro Señor.

El vendedor de tulipanes se inclinó respetuosamente y en silencio, desconcertado por una mirada inquisitorial del duque de Alba, cuyo retrato, obra maestra de Holbein, estaba colgado del muro.

ALOYSIUS BERTRAND.

Don Juan en Santa Marta

AL salir del Perú, ya consumada
la obra de su genio y de su espada
en la América austral,
Bolívar, desde Francia, recibía
una carta de amor y poesía
de Fanny du Villars.

Aquella ardiente carta en su memoria
removía cenizas de una historia
de veinte años atrás.
Y mundano, voluble y libertino,
París se interponía en su camino
de Lima a Bogotá.

Fanny le confesaba: "... Todavía
el recuerdo penoso de aquel día
me persigue tenaz.
Vos secábais el llanto en mi semblante,
mientras yo, enloquecida y suplicante,
no os dejaba marchar.

No quiero resignarme al desengaño
y en prueba de mi afecto os acompaño
mi efigie y un puñal.
Tales prendas serán en vuestra vida,
el arma, la defensa requerida,
mi efigie un talismán..."

¿Habló a su corazón tanta vehemencia?
No era fácil sondear en la conciencia
del caudillo inmortal:
tras la heroica virtud de su pujanza,
se confundían en estrecha alianza
Aquiles y Don Juan.

Placía a sus pasiones voluptuosas
olvidar los laureles por las rosas,
la gloria por el vals.
Y pronto a la embriaguez de las caricias,
entre hermosuras al placer propicias
plantaba su vivac.

De Lima a Quito, Bogotá y Pamplona,
hasta el valle que el Avila corona,
fué una marcha triunfal.
Palpitantes de amor los corazones,
se pusieron en pie cuatro naciones
para verle pasar.

Pocos años después, en Santa Marta,
ya próximo a morir, aquella carta
recordó frente al mar.
Clavó la vista en el confín arcano,
vió por última vez el oceano
y rompió a sollozar.

ANDRÉS MATA.

LA CONDESA VERA



¡Oh! ¡Las pupilas malvas y azules de la condesa Vera! Hacían el encanto de aquel rostro fino y estrecho, tan milagrosamente conservado. Cierto es que aquella mujer de cuarenta años se pintaba, pero se pintaba de modo tan exquisito, que parecía un pastel; y en las sienas y en los pómulos apenas se notaban los polvos adherentes y rosados que realzaban las líneas de su rostro. Se pintaba con sabiduría y discreción, respetando las vibrantes ventanas de la nariz, la pureza del perfil, el hoyo algo profundo de su tal vez voluntariosa barba y todo el modelado de un rostro que hubiese podido pasar por griego de no haber habido algo oriental en la pureza de sus caídos párpados y en la insistente languidez de su mirada. Una griega de las islas, una Krysis de Alejandría bajo el reinado de los Ptolomeos, eso era lo que a los quince años había debido ser la condesa Vera. Siendo polaca, por la flexibilidad de sus gestos y el imperioso atractivo de su persona, más bien parecía nacida en Asia Menor. De ella se emanaba algo que quería ser una caricia. Su voz algo sombría, sus claras pupilas de lento mirar, la inflexión de su garganta frágil y su delgadez movable bajo movibles telas, todo en ella imploraba, suplicaba, acariciaba; y yo comprendía el imperio que semejante criatura debía ejercer. Sólo unos labios delgados y unos dientes cortos daban un mentís a aquella cara de voluptuosidad. La condesa era muy diestra, y aunque en apariencia frívola e ingenua, en sus ojos se leía de cuando en cuando seria gravedad. Olía a almizcle, y al moverse, de ella se desprendían penetrantes perfumes.

JEAN LORRAIN.



De noche



BAJO la luna he vagado como sonámbula escuchando el silencio del viejo parque solitario. ¡Bendito silencio, santa quietud que dicen tantas bellas cosas a mi alma!

Calles caprichosas conducen al centro donde solloza un hilo del surtidor escaso; y no es más el ruido. Hay un pequeño puente reconstruido, bajo el cual—promesa del invierno—correrá muy lento otro murmullo que oír; grutas y enramadas rústicas donde la penumbra y arabescos son toda una fantasía; hondonadas de jardín desierto: el kiosco que es abrigo del jarnidero; y la laguna irregular, exhausta—rigores del verano—en cuyo centro se alza el palacio de piedra del emperador alado que rige a conciencia sus dominios.

Mas de una vez en el tiempo que no vuelve nunca, viera nadar majestuosamente a las generaciones pasadas del imperio; más de una, manos infantiles arrojaran migas para gozar del encanto del chapoteo instantáneo—lucha por la existencia que nos hiciera sonreír.... ¡Inolvidables tardes de crepúsculos encendidos; puestas de sol que fueran altares en la altura, candores de tocarlos al escalar la cima!

Hacia el ángulo noroeste un aire cálido azota suavemente. Faltan follaje, verdor y aromas. Sólo dos cintas amarillas—el río y la carretera—se destacan, pálidas y tristes: la luz ha ido debilitándose.

Retorno al surtidor y al sueño. Se fué el tiempo... Bendito silencio, santa quietud, que dijeron tantas bellas cosas a mi alma.

MERCEDES LAINES.

Abril de 1916.

Carta a Georgina Hübner

EN EL CIELO DE LIMA

.....Pero ¿á qué le hablo á Ud. de mis
pobres cosas melancólicas: á Ud. á
quien todo sonríe?
.....con un libro en la mano, cuán-
to he pensado en Ud., amigo mío.
.....Su carta me dió pena y alegría:
¿por qué tan pequeña y tan cere-
mosa!

(CARTA DE GEORGINA AL POETA
—VERANO DE 1904).

El cónsul del Perú me lo dice: *Georgina
Hübner ha muerto.*
¡Has muerto! ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Qué día?
¿Cuál oro, al despedirse de mi vida, un ocaso,
iba á rozar la maravilla de tus manos
cruzadas, dulcemente, sobre el parado pecho
como dos lirios malvas de amor y sentimiento?

... Ya tu espalda ha sentido el ataúd blanco,
tus muslos están ya para siempre cerrados;
en el tierno verdor de tu reciente fosa
el sol poniente inflamará los chuparrosas...
¡Ya está más fría y más solitaria *La Punta*
que cuando tú la viste, huyendo de la tumba,
aquellas tardes en que tu ilusión me dijo:
¡Cuánto he pensado en usted, amigo mío!

¡Y yo, Georgina, en tí! Yo no sé cómo eras...
¿Morena? ¿Casta? ¿Triste? Sólo sé que mi pena
parece una mujer, cual tú, que está sentada,
llorando, sollozando, al lado de mi alma!
Sé que mi pena tiene aquella letra suave
que venía, en un vuelo, á través de los mares,
para llamarme *amigo*... ó algo más... no sé... algo
que sentía tu corazón de veinte años.

Me escribiste: *Mi primo me trajo ayer su libro.*
¿Te acuerdas? Y yo, pálido:—Pero... ¿Ud. tiene un primo?

Quise entrar en tu vida y ofrecerte mi mano
noble cual una llama, Georgina... En cuantos barcos
salían, fué mi loco corazón en tu busca...
Yo creía encontrarte, pensativa, en *La Punta*,
con un libro en la mano, como tú me decías,
soñando, entre las flores, encantarme la vida!

Ahora, el barco en que iré, una tarde, á buscarte,
no saldrá de este puerto, ni surcará los mares:
irá por lo infinito, con la proa hacia arriba,
buscando, como un ángel, una celeste isla...
¡Oh, Georgina, Georgina! ¡Qué cosas!... Mis libros
los tendrás en el cielo.
... Tú hollarás el poniente
en que mis pensamientos dramáticos se mueren:
desde ahí, tu sabrás que esto no vale nada,
que, salvado el amor, lo demás son palabras...

¡El amor! ¡El amor! Tú sentiste en tus noches
cuando yo, en las estrellas, en la sombra, en la brisa
sollozando hacia el Sur, te llamaba: ¡Georgina!
¿Una onda, quizás, del aire que llevaba
el perfume inefable de mis vagas nostalgias,
pasó junto á tu oído? ¿Tú supiste de mí
los sueños de la estancia, los besos del jardín?

¡Cómo se rompe lo mejor de nuestra vida!
Vivimos.....¿para qué? Para mirar los días
de fúnebre color, sin cielo en los remansos.
Para tener la frente caída entre las manos:
para llorar, para anhelar lo que está lejos:
para no pasar nunca el umbral del ensueño.
¡Ah! ¡Georgina, Georgina! ¡Para que tú te mueras,
una tarde, una noche.....y sin que yo lo sepa!

El cónsul del Perú me lo dice: *Georgina*
Hübner ha muerto.....
Has muerto. Estás, sin alma, en Lima,
abriendo rosas blancas debajo de la tierra....

Y si en ninguna parte nuestros brazos se encuentran...
¿Qué niño idiota, hijo del odio y del dolor,
hizo el mundo jugando con pompas de jabón?

JUAN R. JIMENEZ.



La casa del juicio



ERA de noche y estaba solo.

Y vió de lejos las murallas de la ciudad redonda y caminó hacia la ciudad.

Y, cuando estuvo cerca, oyó en la ciudad el taconeo del placer y la risa del goce y el rumor sonoro de muchos laúdes. Y llamó a la puerta y uno de los guardias de las puertas le abrió.

Y distinguió una casa construida de mármol que tenía bellas columnatas de mármol en su fachada. Las columnas estaban colgadas de guirnaldas, y fuera y dentro había antorchas de cedro.

Y entró en la casa.

Y cuando hubo atravesado el patio de calcedonia y el patio de jaspe, llegó a la gran sala del festín y vió, acostado sobre un lecho de púrpura marina, a

un hombre cuyos cabellos estaban coronados de rosas rojas y cuyos labios estaban rojos de vino.

Y fué a él y le tocó en el hombro y le dijo:

—¿Por qué vives así?

Y el joven se volvió, y le reconoció y respondió, y dijo:

—Un día yo era un leproso y tú me curaste. ¿De qué otra manera iba a vivir?

Y él salió de la casa y fué de nuevo en la calle.

Y algo más lejos vió a una mujer cuyo rostro estaba pintado y los pies calzados de perlas. Y detrás de ella venía, con el paso lento de un cazador, un joven que llevaba un manto de dos colores. Y el rostro de la mujer era bello como el rostro de un ídolo, y los ojos del joven brillaban de concupiscencia.

Y él le siguió rápidamente, y tocó la mano del joven y le dijo:

—¿Por qué miras a esa mujer de ese modo?

Y el joven se volvió y le reconoció y dijo:

—Un día que yo era ciego, tú me diste la vista. ¿De qué otro modo iba a mirar?

Y él corrió adelante y tocó el traje vistoso de la mujer y le dijo:

—¿No hay otro camino por el cual marchar que el camino del pecado?

Y la mujer se volvió y lo reconoció, y rió y dijo:

—Tú me perdonaste mis pecados, y este camino es un camino agradable.

Y él salió de la ciudad.

Y al salir de la ciudad, vió sentado en la ladera del camino, a un joven que lloraba.

—¿Por qué lloras?

Y el joven levantó la cabeza para mirarle y le reconoció y le respondió:

—Un día, que yo estaba muerto, tú me hiciste levantar de entre los muertos. ¿Qué otra cosa iba a hacer que llorar?

OSCAR WILDE.



Lo imposible

HOMBRE: por alto que sea ese monte inaccesible
que tu ardor quiere alcanzar,
no temas nunca domar
los potros de lo imposible.

Sube más alto, más alto: tu descaminado anhelo
querrá, al camino mediar,
su carrera limitar:
todo el goce está en el vuelo.

Quien se para en el camino su ruta pierde en seguida;
la angustia, el ansia, el furor,
la pasión contra el error,
la fiebre, forman la vida.

El fin de ayer es mañana lo que tu camino trunca;
en las jaulas donde moran
las ideas se devoran
sin saciarse su hambre nunca.

¡Cambiar, subir! Es la regla y el fin más alto y profundo.
El inmóvil hoy no es más
que apoyo para el compás
que mide el orgullo al mundo.

¡Qué te importa la cordura de antaño, que fácil va
entregando como palma
el tiempo fijo y en calma
si tu vivo sueño ardiente vuela siempre más allá!

Sobrepásate en tus ansias, fervoroso cada vez;
asómbrate de tu aplomo,
sin preguntar nunca cómo
resistes a tu embriaguez.

Es un deseo tu alma que al Fin nunca quiere ir;
los potros de lo imposible
desde el monte inaccesible
te llevarán ellos solos al inmenso porvenir.

E. VERHAEREN.



El tesoro de Scheherezada



DESPUÉS que la elocuente princesa hubo salvado su vida con sus historias en aquellas famosas mil y una noches de esplendor y de peligro, las cascadas de oro y de pedrería, de sedas y de perfumes, las adolescentes bellas como lunas, los jardines milagrosos, las ciudades extraordinarias, los animales estupendos, los duendes de la tierra, del agua y del aire, las aventuras que trama el destino para hacer un rey de un gañán, y un asno o un gamo silvestre del gallardo caballero hechizado; todo ese poema absolutamente único, porque agotó los prodigios de la imaginación a los pies del sultán magnífico y celoso, constituyó la herencia de la princesa: la herencia con que la princesa Scheherezada dotó a su pueblo, fundiendo todos aquellos tesoros en la maravilla divinamente impar de una esmeralda -la esperanza

Los que sólo ven en aquellos cuentos el colorido pintoresco, el ingenuo entusiasmo de imaginar el goce ilimitado de engendrar quimeras que embellezcan y encanten la vida, tal como el sol no acaba nunca de tallar su pedrería en el agua corriente, ignoran el beneficio inapreciable de esas leyendas en el alma popular. Para los pueblos imaginativos y sociales como aquellos de las arabias, tales narraciones son el consuelo de la vida. Bajo su renovada impresión, que acaba por constituir un estado mental, el más ínfimo labrador despiértase creyendo que ese su nuevo día puede ser el día del destino, cuando la reja de su arado encajará el amillo de bronce de tal cual lápida, conducente al inagotable tesoro inscripto bajo su nombre por las potencias desconocidas; el último mendigo engañará su hambre soñando con el azar nunca imposible del hada que suele venir; la pobre mujer que pare un hijo, en la miseria y en el dolor, puede imaginar sin exceso— vale decir, con satisfacción positiva— un destino de rey para tan triste criatura. Tanto mejor si el prodigio no llega. Los días sucedense hasta el fin, constantemente iluminados por la esperanza, tan inmediata como la hora que va a venir, como el próximo minuto; y de este modo el pobre humano consume sus días como quien los caminara sobre un magnífico tapiz. ¿Que importa no llegar? La

muerte es la única verdadera llegada. La vida es bella por la ilusión que la encanta, como el paisaje por el cielo de su horizonte. ¿Acaso nos parece menos hermoso aquel cielo porque no hayamos de alcanzarlo jamás?

Para los hombres que viven reunidos, todo mal proviene de la desigualdad. La leyenda iguala. ¿Sabe ese potentado si el destino le reserva la más miserable condición en el sello del anillo que un mísero pescador saca a la hora de éstas del vientre de un pescado, o en la palabra que posee y podría emplear contra él el sabio de un país remoto; o si ese remendón de babuchas será mañana el rey, o si, todavía, en ese perro hambriento que a su puerta se arrima, está encarnado por la magia un hijo de sultán?.. ¿Y qué si no la belleza, la gracia, el espíritu, hacen de la esclava una reina en el corazón generoso y en la casa honrada del verdadero emir?

Cuando los hombres creen que la vida es bella, reina en sus corazones la fé. Cuando saben que su lote de felicidad está llegando, minuto por minuto, anima sus almas la esperanza. Cuando se sienten iguales, la caridad es la norma de su conducta.

La leyenda es fé, esperanza y caridad. Los hombres duros de corazón que desprecian la leyenda, diciendo: *es mentira*, son indignos de la belleza y la gracia. Querrían que las perlas, los diamantes, las esmeraldas, los rubíes, los topacios de la leyenda, existieran realmente. No ven que, así, tendrían ya dueño, y serían motivos de opresión, de orgullo, de rencor, de envidia. Mientras en la leyenda son de todos y a todos los mejoran.

El hombre verdaderamente generoso, dicen los poemas, es aquel que, enriquecido por el trabajo o por la suerte, considérase un mero depositario de Alah, y con ello, el ejecutor de su infinita munificencia.

De este modo es cómo, llenos de caridad, de esperanza y de fé, alcanzamos a ver el rostro de la verdad en la esmeralda de Scheherezada.

LEOPOLDO LUGONES.



¡Sálvame!

VO sólo sé dudar porque mi vida
ha sido un via-crucis de amargura:
muere la fé cuando el dolor tortura
y abre de nuevo la olvidada herida.

Extirpa el mal que en mi conciencia anida
y enséñame a creer; que tu ternura
se alce de mi alma en la tiniebla impura
en amor y esperanza convertida.

Soy, como un extraviado peregrino,
perdido en el desierto de su pena;
y a tí me acojo, porque en tí adivino

algo de aquella fé celeste y buena,
que iluminó al incrédulo Longino
y redimió a la impura Magdalena!

JERÓNIMO J. REINA.



El olvido

CORONA el templo en ruinas gigante promontorio.
Y la muerte ha mezclado sobre buriel terreno,
diosas marmóreas, y héroes bronceos de que el heno
agreste sepultura da al auge transitorio.

Sólo un pastor, guiando por el caduco emporio
sus bueyes, con su albogue, donde un refrán heleno
suspira, el mar atruena; y en el azul sereno
destaca el torso fuerte cual de un atleta dorio.

La Tierra, madre amante de los dioses que han sido,
en Abril, vanamente elocuente alza un canto
y al capitel vetusto ciñe otro verde acanto;

pero el hombre, insensible a cuanto ve caído,
sin conmoverse escucha, en las noches serenas,
la voz del mar que evoca, llorando, a las sirenas.

JOSÉ MARÍA DE HEREDIA.

AVE

¡OH lejanas memorias de la tierra lejana,
olorosas a yerbas frescas por la mañana!
Tierra de maizales húmedos y sonoros
donde cantan del viento los invisibles coros,
cuando deshoja el sol la rosa de sus oros,
en la cima del monte que estremecen los toros!

¡Oh los hondos caminos con cruces y consejas,
por donde atardecido van trenqueando las viejas,
cargados con la leña robada en los pinares,
y que en aquella noche ha de ahumar en sus llares,
mientras cuenta su voz los cuentos seculares
y a lo lejos los perros ladran en los pajares!

¡Oh tierra, de la fabla antigua, hija de Roma,
que tiene campesinos arrullos de paloma!
El lago de mi alma yo lo siento ondular
como la seda verde de un naciente linar,
cuando tú pasas, vieja alma de mi lugar,
en la música de algún viejo cantar.

¡Oh tierra, pobre abuela olvidada y mendiga,
bésame con tu alma ingenua de cantiga!
Y que aromen mis versos como aquellas manzanas
que otra abuela solía poner en las ventanas,
donde el sol del invierno daba por las mañanas.
¡Oh mis viejas abuelas, mis memorias lejanas!

RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN.



Mujer belga

SEMBRADORA vestida de azul y cofia blanca—
rubia, mucho más rubia que la Reina de España—
que ayer, cuando esparcías la simiente dorada,
tus virginales pechos puramente mostrabas,
¿qué te pasó, querida?

—Nada, no pasó nada.

Fueron . . . los invasores . . .

Y en un plato de plata
sus dos senos traía como antaño la Santa.

un plato de plata

J. MORENO VILLA.

La última carta de Djenana



EL amigo a quien llamo, a quien quiero tener cerca de mí hasta el final.. Amado mío, ven pronto, porque quiero decírtelo. ¿No sabías que yo te amaba con todo mi ser? Cuando ya una está muerta puede confesarlo todo. ¿Por qué en el momento de marcharme no confesarte que te he amado?

El día en que te sentaste aquí, delante de este despacho en que te estoy escribiendo mi despedida, la casualidad hizo que, al inclinarme, te rozara; entonces cerré los ojos y detrás de mis ojos cerrados ¡qué hermosos sueños pasaron! Tus brazos me estrechaban contra tu corazón y mis manos amorosas tocaban suavemente tus ojos y ahuyentaban la tristeza que veía en ellos. ¡Ah, bien podía venir la muerte, y habría venido al mismo tiempo que para tí la lasitud, más cuán dulce me resultara y qué alma alegre y agradecida se habría llevado...! ¡Ah, todo se confunde y todo se enturbia...! Me habían dicho que dormiría, pero no tengo sueño aún; sólo que, todo se mueve, todo se duplica, todo baila; mis bujías son como soles, mis flores se han agrandado: estoy en una selva de flores gigantescas...

Ven, ven a mi lado... ¿Qué haces ahí entre las rosas? Vente cerca de mí mientras te escribo: quiero sentir tu brazo oprimiéndome suavemente y tener junto a mis labios tus ojos queridos... Así, amor mío, así quiero dormir, cerca de tí, y decirte que te amo. Acerca a mí tus ojos, pues, desde la otra vida en que estoy, se puede leer en las almas a través de los ojos... Y sabe que soy una muerta... En tus ojos claros, en donde no supe yo ver, ¿hay para mí una lágrima...? No oigo lo que contestas, porque estoy muerta... Por eso te escribo, porque no oirás mi voz lejana... *Te amo* ¿oyes siquiera ésto? *Te amo*....

¡Y me voy, me vuelo: abrázame, mi bien...! ¡Oh! ¿Te amará otra con amor tan tierno?... ¡Ah! Ya viene el sueño y me pesa la pluma... En tus brazos... amado mío...

PIERRE LOTI.

Muerte en el trigal

(Traducción de Ismael Enrique Arciniegas)

EN el campo de trigo, entre amapolas
y altas espigas, el soldado yace.
No lo han hallado aún sus compañeros,
y solo expira, pálido y exangüe.

Dos días hace que cayó. Los cuervos
graznando rompen la quietud del aire,
y con ojos vidriosos ve el soldado
de sus heridas destilar la sangre.

Febribil, en su combate con la muerte,
y devorado por la sed y el hambre,
trata de erguirse con supremo esfuerzo,
y otra vez dobla la cabeza exánime.

Y mientras que sus ojos que se extinguen
ven del cielo los pálidos celajes,
sueña, y su último sueño se ilumina
con radiosas visiones inefables....

En el áureo trigal brillan las hoces,
y a la luz del crepúsculo radiante,
mientras la voz del ángelus parece
que se extiende en los ámbitos del valle,

vuelve su aldea a ver, la amada aldea,
con la infinita paz de sus hogares....
¡Adiós, oh patria, adiós....! Y el alma rinde
mientras se borra en el azul la tarde.

DETLEV VON LILIENCRON.

Octubre, 1915.

(Detlev von Liliencron es uno de los mejores poetas modernos de Alemania. Nació en Kiel en 1844 y murió en 1909. Fué militar, hizo las campañas de Schleswig-Holstein y de Francia, emigró a América y volvió a su patria, en donde fué empleado público. Sus baladas militares tienen un tono peculiar. Intentó la *epopeya* fantástica en *Poggy-fred*. Sus poesías breves son armoniosas y llenas de sentimiento. Su obra lírica comprende los volúmenes intitulados: *Kampf und Spiele*, *Kämpfe und Ziele*, *Nebel und Sonne* y *Bunte Beute*. Escribió, además, novelas y dramas).



Vía láctea

OJEJOS de tí, si escucho por ventura
tu nombre —que una boca indiferente
entre otros nombres de mujer murmura
—mis ojos se humedecen de repente.

Como esos desterrados que tortura
la dulce imagen de la patria ausente
y la lengua natal, límpida y pura,
oyen hablada por extraña gente.

Tu nombre guarda para mí el perfume
de una patria distante y adorada
cuya ardiente nostalgia nos consume;

y oírle es ver las claras primaveras
y la luz de la tierra embalsamada
donde, en jardines líricos, me esperas.

EDUARDO CASTILLO.

CANCION DE MUJER

LLORÉ, lloré mucho tiempo
sin saber por qué.
Cuando lo supe, muy bajo más tiempo
lloré.

Sonreí luego, en claro
día de primavera.
Y le dije: te espero.
Mas no era él, no era.

Entonces, muy bajo, más tiempo
lloré.
Lloré, lloré mucho tiempo
sin saber por qué.

GEORGES TOURNOX.

La bayadera



UGAPONTA, discípulo de Buda, dormía acostado en el polvo, al pie de las murallas de Matura.

Extinguidas estaban las luces y cerradas todas las puertas de la ciudad. En el turbio cielo de estío, las nubes velaban las estrellas.

De súbito, un pie agitó sonoramente sus ajorcas de plata y rozó el pecho de Ugaponta.

El joven despertó con sobresalto, y la claridad vacilante de una lámpara hirió sus ojos llenos de bondad.

Advirtió una bayadera, ebria con el vino de su juventud, cubierta de pedrerías multicolores y envuelta en un manto azul pálido.

La bayadera aproximó la lámpara para iluminar el rostro hermoso, pero severo, del joven asceta.

—Perdona, joven anacoreta, que te haya despertado, dijo la bayadera. Dígnate venir conmigo. El camino polvoriento no es lecho propio para tí.

—Sigue tu camino, hermosa entre las hermosas, repuso el eremita. Iré á buscarte cuando sea llegado el momento.

De pronto, la noche negra enseñó sus dientes con un relámpago deslumbrante, y la bayadera tembló de miedo. La hora del año nuevo no ha sonado. El viento ruge. Las ramas de los árboles lloran, dejando caer una lluvia de pétalos. Blanda brisa primaveral trae de muy lejos los sonos del caramillo. Los hombres corren por el bosque, celebrando las fiestas de las flores.

Sobre los techos de la ciudad dormida cae de los cielos la claridad del plenilunio.

El joven anacoreta avanza por el camino desierto, escuchando las quejas amorosas de un pájaro posado en la ramas de un magnolero.

Ugaponta se acerca a las puertas de la ciudad y detiene sus pasos.

¿Quién es aquella mujer acostada en el polvo, cerca de las murallas?

Es la bayadera cubierta de úlceras, atacada por la peste negra y a quien han echado de la ciudad.

El joven eremita siéntase al lado de la bayadera, posa sobre sus rodillas la cabeza enferma, hume-

dece con agua fresca sus labios abrasados y unge
de óleo su cuerpo.

—¿Quién eres, ángel de misericordia?—murmura
gimiendo la bayadera.

—Ha llegado el momento de que yo venga a tí y
aquí estoy, como te lo he prometido.

ROBINDRANATH TAGORE.



La visita de las sombras

¡Oh manos de ámbar rosa y blanca pluma
que encerráis tantos sueños como el labio
húmedo y la pupila azul y bella!
¡Oh cinceladas y redondas manos
ricas de hoyuelos, que servís de pinzas
para rasgar mi pecho y abrasarlo!
¡Oh breves pies alados como el céfiro,
que ligeros dejáis tras vuestro paso
el estremecimiento de la gracia
y del amor el fúlgido relámpago!
¡Oh negra liga de argentado broche,
diadema impura de esculpido mármol!
¡Oh pierna soberana que recibes
de la pasión los lúbricos abrazos!
¡Oh senos, frutos blancos y sabrosos!
¡Cabellos ondulantes y dorados
que tanto destrencé! ¡Desnuda espalda,
gran poema de curvas y de espasmos!
¡Turgentes muslos donde mis caricias
como sierpes de fuego se enroscaron...!
De nuevo os miro, voluptuosas sombras,
surgir de los abismos del pasado
entre nacaradas muselinas
que brumas fingen de contornos vagos;
flotar os sienta, alegres y habladoras,
cargadas de perfumes y de encantos!

MAURICIO ROLLINAT.



Flor de olvido

EN un día sereno del otoño
a la sombra de un sauce la enteraron.
Crece en la tierra gris de su sepulcro
una alfombra de triste jaramago.

En el olvido se esfumó su nombre.
Nadie pensó en el óvalo seráfico
ni en la inefable gracia de la esbelta
pálida niña de los ojos claros.



Nadie recuerda su cabello obscuro,
su dulce voz de peregrino encanto,
ni su leve sonrisa misteriosa,
ni las mórbidas flores de sus manos.

Su vida se extinguió como un aroma,
como el rumor de un argentino cántico,
en la hora azul y rosa del crepúsculo
en que suspiran los remotos ámbitos.

No vibró de pasión su alma de virgen.
No sintió el beso del amor amargo.
Murió con las pupilas inocentes,
pura la boca y con los senos cándidos

En un día sereno del otoño
a la sombra de un sauce la enterraron.
Crece en la tierra gris de su sepulcro
una alfombra de triste jaramago.

FROYLÁN TURCIOS.



Monólogo de Hamlet



ER o no ser: he aquí el problema. ¿Es más dable para el espíritu sufrir los golpes y dardos de la airada fortuna, o armarse contra un piélagos de tormentos, y haciéndoles frente, acabar con ellos? Morir... dormir, no más; y con un sueño pensar que damos fin a los pesares y a los mil naturales conflictos que constituyen la herencia de la carne: he aquí un desenlace que deberíamos solicitar con anhelo. Morir....dormir; dormir ... tal vez soñar. Ahí, ahí está la dificultad, porque forzoso es que nos detenga el considerar qué ensueños pueden asaltarnos en aquel sueño de la muerte, una vez nos háyamos sustraído a ese bullicio de la vida. Esta reflexión es lo que hace tan duradero el infortunio, porque, ¿quién aguantaría los ultrajes y desdenes del mundo, la tiranía del opresor, las afrentas del soberbio, las congojas del amor desairado, las insolencias del poder y las humillaciones que el paciente mérito recibe de los hombres indignos, cuando uno mismo podría procurar su reposo con un simple punzón? ¿Quién quisiera sufrir molestas cargas, gemir y sudar bajo el peso de una vida afanosa, si no fuera por el temor de un algo después de la muerte (la ignota región cuyos lindes no vuelve a traspasar viajero alguno), temor que pone trabas a la voluntad y nos hace soportar aquellos males que nos afligen, antes que arrojarnos a otros que aun desconocemos? Así es como la conciencia hace de todos nosotros unos cobardes, y así el matiz natural de la resolución queda deslucido por la enfermiza palidez de la inquietud, y las empresas de mayores alientos e importancia tuercen su curso por tal motivo y dejan de tener nombre de acción.....Pero ¡silencio!.....¡La hermosa Ofelia! (A Ofelia). Nínfa mía, en tus plegarias acuérdate de todos mis pecados.

WILLIAM SHAKESPEARE.

Idea fija

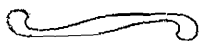
UN pensamiento fatigoso y duro
hundido llevo en medio de la frente
como un clavo de acero reluciente
metido a golpes en un leño duro.

Una angustia tenaz, un insistente
dolor que crece si acallar procuro,
una opresión sin tregua ni conjuro,
inquietud melancólica y latente.

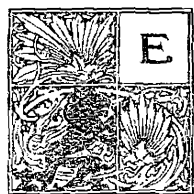
¡Y siempre así! Culmine el sol y esplenda
sobre la tierra muda y subyugada
o el lívido crepúsculo descienda,

siempre está allí sobre mi sien clavada,
de día, en el reposo de mi tienda,
¡ay! ¡y hasta entre los brazos de mi amada!

ARTURO GRAF.



Arte americano



ENÉRGICAMENTE se impone en
nuestras democracias una literatura
vernacular. Reniega de aspiraciones
exóticas para cantar la selva autóctona,
el criollo altivo, los Andes ciclópeos,
el tumulto de naciones en crecimiento.
Seguiremos esta invencible dirección.

Una tradición nos falta en literatura, la antorcha de la leyenda platónica que la juventud recibe del pasado para alimentar o renovar en ella la lumbré secular. Quisiéramos contribuir a la exaltación de nuestra herencia intelectual. Recordando olvidadas glorias, estudiando la obra de los maestros, notando y discutiendo influencias, confesamos que las ideas y las formas actuales no han surgido repentinamente en una tierra sin historia, en una

América advenediza. Tenemos ya nuestros clásicos que sólo puede desdeñar la ignorancia agresiva. Comentándolos, precisaremos nuestra fisonomía espiritual. Más que el informe sobre la ley agraria de Jovellanos nos interesa la representación de los hacendados de Mariano Moreno. Sentimos mejor la queja romántica en Acuña que en Espronceda, la lírica grandilocuencia en Olmedo que en Quintana. Montalvo nos enseña las riquezas de nuestra lengua mejor que Moratín. Pedimos lecciones de sabiduría política a Alberdi y no a Guizot, a Lastarria y no a Lamartine. Rubén Darío nos hace olvidar a Gautier y Gutiérrez Nájera a Banville. Estos precursores, aun inspirándose en extranjeros modelos, americanizaban el arte, la filosofía imágenes e ideas. Olvidar su esfuerzo, sería improvisar una literatura descastada.

FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN.



PAX NOBIS

A un pastor de almas.

EL divino reflejo de la antorcha de Roma
ilumina tus sienes y tu mano preclara.
¡Apacienta el rebaño que el Señor te depara,
vuelve a tu pomo henchido de celestial aroma!

No mimes el azor: vuélvenos la paloma.
Nuestro hermano está fuera del templo: si ante el ara
dejamos el rencor que las almas separa,
otra vez la faz mansa de Jesucristo asoma.

Mansedumbre, paciencia, caridad y dulzura,
flores fueron nacidas de las llagas de Cristo.
¿Hay violencia feroz que su amor no destrone?

Esa fuerza a tus días mil coronas augura;
quien no ha visto su luz, la Alegría no ha visto:
¡el futuro será de quien ame y perdone!

GUILLERMO VALENCIA.

EL OLVIDO

ENSÉÑAME piadosamente ¡oh taciturno
viejo magnánim! el camino del Olvido,
del mágico país lunar en que duerme el
Recuerdo.

Rórrese de mi corazón el ayer amargo: huyan
veloces los días que fueron: que yo voy en la bús-
queda de las rosas del mañana y de emociones re-
cónditas no presentidas por los ideales de los hom-
bres.

Mi espíritu, ávido de silencio y de paz, busca
un reposo balsámico a la sombra de los laureles
inmóviles, junto a las fuentes murmurantes en la
quietud de las horas nocturnas.

Voy tras el vuelo de un pájaro misterioso, tras
el perfume de una rosa muerta, en pos de una luz
pálida.

Imágenes y melodías del antaño apáguense pa-
ra siempre lejos de mí. Mi esperanza me impulsa
hacia la isla de los musgos de seda y los bo cajes
plateados de luna en que el alma trémula apenas
oye su propia voz.

Oasis amable

LOS libros hicieron rebosar de tristeza
mi corazón, torturando mi pensamiento.
El análisis mató mis ilusiones y enve-
nenó mis días. Ya en mi alma no se
refleja la hermosura de las cosas como las nubes
errantes en el espejo de las fuentes.

Enfermo de saber y de cultura, vengo a tu
agreste rincón ¡oh Menandro! a beber, bajo los tu-
pidos ramajes, un sorbo de agua fresca.

Quiero reposar en paz en la penumbra de la sel-
va, sobre la tierra silenciosa, lejos de la estéril sa-
hiduría de los hombres. . . .

Recostado en la verdura de los gramales aspi-
raré el perfume de los céfiros, soñando en una Ar-
cadia ignota, bajo los cielos de zafiros.

Y si me duermo, caerán, lentamente, sobre mi
rostro inmóvil, las hojas secas. . . .

FROYLÁN TURCIOS.

EL CANTAR DE LOS CANTARES



un poema cristalino y sutil, un idilio de amor conyugal en el que dos esposos, apacentadores de rebaños en los huertos de Jerusalén, se manifiestan su ternura y se elogian mutuamente. El rey poeta lo escribió en verso hebraico, acaso en el rústico dialecto de Palestina, muy análogo al caldeo, para imprimirle mayor sencillez y mayor ingenuidad campesina.

San Gregorio Nacianceno le llama *Drama nupcial*; Bossuet lo califica de *Epitalamio*, y halla en él siete églogas, correspondientes a los siete días que las fiestas de bodas duraban entre los hebreos, tales cuales nos las ofrecen los libros incomparables de Ruth y de Tobías.

No nos es posible apreciar toda la belleza de este canto de los cantos, al través de versiones a lenguas radicalmente distintas de la hebrea; pero la luz de sus estrofas llega a nosotros, como la luz de las estrellas cuya forma no conocemos, y que arden hundidas en su aire lejano, muy distinto del que nosotros respiramos.

El *Cantar de los Cantares* es un canto sagrado que tiene que oirse de rodillas. Creo firmemente que su lenguaje es el del paraíso antes de la culpa, antes de que el hombre se hubiera dado cuenta de que su propio cuerpo, la obra más perfecta del Creador, estaba desnudo. El aliento de sus estrofas es como el humo del incienso, que necesita lugar sagrado para difundirse, y que, fuera de él, parece profanado, e irrita los ojos, y produce vértigos.

¿Quién se atrevería a pronunciar, en medio de un corrillo que habla de vidas disolutas, el nombre de su madre muerta al darle a luz? El rayo de sol, dice Shakespeare, con ser un dios de purísima luz, engendra gusanos al penetrar en un terre muerto.

No hagáis penetrar el *Cantar de los Cantares* en orejas de carne, de carne muerta a la vida espiritual. Está en lengua del paraíso, y esa lengua no aprendida sólo es hablada y comprendida antes de la culpa, o después de la penitencia.

Jamás sus estrofas se desvían del sentido ordinario de las palabras; no hay en sus versos frases solapadas ni sonrisa que no sea ingenua como la risa de un niño; en él los cuerpos sólo sirven para hacer sensible la belleza eterna que se transparenta en ellos tomando su forma, como la luz toma la forma del vaso que la contiene, y que impide que se confunda con la luz infinita.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN.



Sumarios de ESFINGE

NUMERO 13

Explicación, La Dirección. — Don Juan en los infiernos, Carlos Baudelaire. — O toi qui sur mes jours de tristes se. . . . Jean Moréas. — *Al partir de Inglaterra, Rupert Brooke. — A sí mismo, Giacomo Leopardi. — La conversión de Rancé, Arturo Schopenhauer. — Recóndito amor, Froylán Turcios. — El adiós, Jerónimo J. Reina. — El diálogo en el eremitorio, Gabriel D'Annunzio. — Mañana, Mercedes Laines. — Mi sueño familiar, Paul Verlaine. — ¡Oh estrella de Francia!, Walt Whitman. — A María Teresa Monteverde, Rómulo E. Durón. — Regalo de boda, Luis Andrés Zúñiga. — Lohengrin, Rubén Darío. — El beso, Juan Ramón Molina. — Panmura, Albert Samain. — El acortium, Matías Oviedo. — Angulus, Delio Seravile. — En el silencio del jardín, Froylán Turcios. — El pastor de estrellas, Federico Mistral. — Daybreak, Longfellow. — El vapor se va. . . .* Ramón Ortega. — *Tus manos, Julián López Pineda. — Requiescat, Oscar Wilde. — Sancha Panza contemporáneo, Rafael Arévalo Martínez. — El consejo, Julio Herrera Reissig. — Ofrenda nocturna, Froylán Turcios. — Notas. — Sumarios de ESFINGE.*

NUMERO 14

La figura de Cristo, Froylán Turcios. — Del amor, Percy Bysshe Shelley. — Quince años, Mercedes Laines. — Viernes Santo, Maria Kshirska. — Marina, Jerónimo J. Reina. — Cuando sepas hallar una sonrisa. . . . Enrique González Martínez. — *Epitafios, Froylán Turcios. — Tesoro de belleza, Julián López Pineda. — En el tiempo del carnaval, Rufino Blancq Fombona. — Oración al Señor, Rafael Arévalo Martínez. — La alhaja maravillosa, Paul de Saint-Victor. — El oro, Rafael H. Valle. — Futuro, Leopoldo de la Rosa. — El despertar del alma, Mauricio Maeterlinck. — Los caballos de Heracles, Gustavo Flaubert. — El origen, Kambiranth Tagore. — Plebiscito, Juan Ramón Molina. — Los últimos instantes de Kant, Tomás de Quincey. — El cazador Simón, Manuel Guerra-Junqueiro. — Aparición de Flora, Rachilde. — La mirada, Francisco Villaespeza. — Las piedras preciosas, John Ruskin. — Tierra maternal, Froylán Turcios. — Notas.*



Sumarios de ESFINGE. — Agradeceremos a las revistas y periódicos con quienes estableceremos el canje, reproducir los sumarios de esta publicación.

Reproducciones. — Esperamos que las publicaciones que reproduzcan los textos extranjeros de nuestro quincenario, indiquen su procedencia.

Esto lo creemos de estricta justicia; ya que nos ocasiona un trabajo especial la esmerada labor de selección.